

EL MUNDO... ¿ESTÁ VIVO?

Ensayo de Rubén VASCONI

1. Lo vivo y lo inerte

Como ingreso a nuestro problema empezaremos por considerar un ejemplo muy simple, tomado de la vida cotidiana y pensado al nivel de la conciencia ingenua, precientífica y prefilosófica.

Juzgo que mi mesa de trabajo es demasiado alta. Me proveo de un serrucho y procedo a cortarle un poco las patas.

Juzgo que mi perro es demasiado alto. Me proveo de un serrucho y... ¿Es legítimo lo que me propongo? Un testigo corriente, contando tan sólo con sus buenos sentimientos, seguramente me detendría. Puedo cortar las patas de mi mesa. La mesa no siente, no desea ni teme nada, es algo inerte, una mera cosa que está ahí. Pero mi perro, a su modo, siente, desea, teme, sufre, y todo esto porque, ante todo, está vivo.

La concepción cotidiana del mundo divide así la realidad en dos grandes campos: el de lo inerte, como las piedras o los metales, y el de lo vivo, que nos incluye ante todo a nosotros mismos pero también a los animales y tal vez hasta las plantas. A esta división de lo real en dos campos le corresponden dos actitudes fundamentales: mientras de lo inerte podemos disponer a nuestro antojo -a nadie podría horrorizar que yo triturara un ladrillo-, lo viviente, en cambio, parece merecer nuestro respeto, no está meramente a nuestra disposición, y las personas sensibles verán siempre como una conducta criminal el sacrificio de un animal, aun cuando admitan que sea necesario para nuestra alimentación.

Sin abandonar este nivel de la reflexión cotidiana, tratemos de caracterizar un poco más detenidamente la diferencia entre lo vivo y lo inerte.

El rasgo que primero nos hace presente la vida es la espontaneidad del movimiento e inmediatamente acuden a nuestra mente como modelos de lo viviente el perro que retoza en el jardín o el pájaro que vuela. Espontaneidad de movimiento significa que la fuente de su conducta es interna, que radica en su deseo, temor, odio o alegría. Esta convicción nos lleva naturalmente a humanizar a los vivientes, sobre todo a aquellos que nos son cercanos. Mi perro, a su modo, me conoce y con su fidelidad agradece las atenciones que le brindo. Esta humanización termina por convertirnos en alguien con nombre propio.

Desde la certeza de la vida atribuida a los ani-

males superiores, podemos descender a los inferiores y hasta las plantas que, pensamos, sufren la sequedad del verano y reciben con alegría la lluvia refrescante. Hasta es posible que, a su modo, me entiendan cuando les hablo.

Así me aparecen los seres vivos como sujetos y, en cuanto tales, no puedo disponer de ellos según mi capricho. Debo respetar su libertad y los derechos inherentes a su vida.

Lo no viviente, en cambio, es inerte y esto se hace evidente en la carencia del movimiento espontáneo: la carretilla sólo cambia de lugar si el albañil la levanta y empuja. Faltando el movimiento espontáneo no encuentro ninguna razón para atribuirles deseo ni sentimiento de ningún tipo. No siendo, por tanto, sujetos, no hay allí nada que respetar; triturando un ladrillo no atento contra el derecho de nadie porque el ladrillo no es nadie.

La anterior no es más que una caracterización superficial, a nivel del sentido común, entre dos modalidades de lo real. Pero ahora nos preguntamos de un modo más radical: el mundo, en última instancia, ¿es una realidad inerte o está vivo?

Para orientarnos hacia una posible respuesta, consideraremos primero el pensamiento antiguo, tomando como base la física de Aristóteles, para después atender al pensamiento moderno, haciendo centro en Descartes.

2. El mundo antiguo



La física aristotélica estudia aquellos seres que, a diferencia de los productos del arte o de la técnica, son por naturaleza. Esta naturaleza constituye en ellos el principio de su movimiento y su reposo.

¿Cuáles son estos seres por naturaleza y que tienen en sí mismos el principio de su movimiento? Sin duda, los animales y el hombre, pero también las plantas, los elementos como la tierra y el fuego y los astros que giran en el cielo.

Como esta concepción del mundo ya no nos es familiar conviene que nos detengamos a considerarla con cierto detenimiento. Para Aristóteles, lo viviente es el modelo, arquetipo de lo real. Ahora bien, lo que caracteriza a lo viviente es el movimiento espontáneo, resultado de su naturaleza. Así, conforme a su naturaleza racional, el hombre se mueve a sí mismo por el juicio en que aprecia un bien deseable; el animal, naturaleza sensible, por lo que siente y el deseo que esta sensación engendra y la planta, por ese oscuro impulso al crecimiento y la reproducción que resulta de su natura-

leza vegetativa. Pero es igualmente la naturaleza "terráquea" de la piedra que la lleva a buscar el centro de la tierra y la naturaleza "ignea" del fuego que lo conduce hacia lo alto, del mismo modo que la naturaleza "etérea" de los astros es la razón de su movimiento circular perfecto y no un supuesto equilibrio entre inercia y gravitación.

Arrojar una piedra hacia arriba o intentar que el fuego baje es ejercer una **violencia** contra el mundo, imprimir un movimiento **contrario a la naturaleza**, acciones estas del mismo carácter que la de retener un pájaro cautivo en su jaula.

Conforme a su naturaleza cada cosa busca su lugar y su fin propio, realiza las actividades que le corresponden y nace de este modo la armonía de un cosmos viviente, armonía que el hombre no debe alterar sino respetar lleno de admiración.

Esta concepción del mundo que se expresa con sobriedad racional en Aristóteles ha tomado, antes y después de él, formas más especulativas, míticas y poéticas. Son todas aquéllas en que, sobre la evidencia de que el mundo está animado se elabora la doctrina de un Alma del Mundo (*Anima Mundi*) alma universal que vivifica el todo.

Decía, por ejemplo, Platón en el *Timeo*, después de haber considerado el orden y la belleza del movimiento del cosmos: "Pues razonando según lo que es más verosímil, es preciso decir que este mundo, que es un viviente verdaderamente dotado de alma e inteligencia, ha sido formado por la providencia de un dios".

Dotado de alma, animado, el mundo está lleno de vida. Plotino, un seguidor tardío de Platón, escribía en el siglo III: "Cada cosa vive a su modo en el universo. Nosotros pensamos que una cosa no vive si no presenta un movimiento accesible a nuestros sentidos, pero cada cosa tiene su propia vida que se nos escapa. El ser cuya vida es perceptible para nuestros sentidos está compuesto de seres que viven imperceptiblemente para nosotros pero cuyas potencias maravillosas se ejercen sobre la vida del animal compuesto".

Esta figura de lo real sigue presente hasta el Renacimiento. Agripa de Nettesheim pensaba: "Existe un alma universal, una vida única y común que lo llena e invade todo, que todo lo une en sí y lo mantiene en cohesión convirtiendo en unidad la máquina del universo". Y si lo viviente reclama de nosotros, por lo menos, el respeto -la negativa a disponer de ellos según nuestro antojo- este viviente maravilloso y perfecto que es el universo, ¿no será el objeto de una venerante admiración?

Pero, cerrándose el Renacimiento, comienzan a oírse otras voces. Kepler nos indicaba con estas palabras su intención: "Mi finalidad es decir que la

máquina celeste no es al modo de un viviente divino sino al modo de un reloj, como si en ella casi toda la variedad de movimientos dependiera de una simplísima fuerza magnética corporal, así como en el reloj todos los movimientos dependen de un simplísimo peso."

3. El mundo moderno



El mundo, según Descartes, está compuesto de partículas que sólo difieren entre sí por el tamaño, la figura, la posición y el movimiento o, dicho de otro modo, que sólo poseen aquellas propiedades que podemos expresar con caracteres matemáticos. Estas partículas son inertes y si cambian de trayectoria o

aceleración será por el choque con otras partículas. De modo que el movimiento es siempre sufrido -no espontáneo- provocado por las fuerzas exteriores que la afectan. Estas partículas inertes son para Descartes el modelo, arquetipo de lo real.

Desde esta perspectiva, los animales sólo pueden ser concebidos como máquinas de una extrema complejidad, pero no vivientes. Así como mi automóvil se mueve por la expansión de los gases en el interior del cilindro, el animal se mueve por la expansión de la sangre que se calienta en el corazón. Y, lógicamente, cada máquina requiere su combustible adecuado.

Como los animales son máquinas -no vivientes, animados- no tienen alma que los anime y, carentes de ésta, estarán también privados de pensamiento, deseo o sensación. Si mi perro chilla cuando le piso la cola, no se debe a que sienta dolor. Su chillido se produce por la misma razón por la que mi automóvil chilla cuando olvido los periódicos engrases que indica el manual. Eso produce ciertos ruidos bajo ciertas condiciones de trato.

Descartes, que no sólo fue matemático, filósofo y físico sino también fisiólogo, da origen a una concepción mecanicista del organismo a la que propone como fundamento de una medicina que habría de reparar la máquina corporal con la misma seguridad con que el artesano diestro repara un reloj.

El cuerpo humano es así una "máquina de carne y huesos". En consecuencia, ni vive ni siente. Pero el hombre, a diferencia de los otros seres, está dotado de un alma, cuya función no es animar el cuerpo sino tan sólo pensar. Sentir dolor

cuando me pisan un pie es un pensamiento confuso que me proporcionaría el conocimiento de un deterioro en mi máquina corporal. El cuerpo no siente dolor -una máquina no puede sentir nada- sólo el alma siente el dolor como una forma de tomar nota del estado del cuerpo al que está unida.

En Descartes se afirma un claro dualismo que habrá de caracterizar la modernidad naciente.

Por un lado tenemos el ámbito de las realidades inertes -piedras, árboles, animales, es decir, partículas y máquinas más o menos complicadas. No hay allí nada que merezca el respeto que otorgamos a la vida.

Por otro lado el hombre que, dotado de alma, es un sujeto libre que intentará poner el mundo de lo inerte a su servicio.

Esta exaltación del hombre como sujeto libre y poderoso que dispone de la realidad inerte como materia de sus proyectos -exaltación del hombre y degradación del mundo- constituye la ideología que sustenta el nacimiento de la ciencia moderna -hermanada íntimamente con la tecnología.

Descartes lo afirma claramente cuando en su **Discurso del Método** nos revela que buscaba "una filosofía práctica por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean... pudiéramos hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza."

Los hombres, como sujetos libres, tienen sus derechos y merecen nuestro respeto. De la naturaleza, realidad inerte, podemos disponer, como dueños y señores, según nuestro deseo.

Pero, ¿son los hombres, realmente, sujetos libres?

4. El triunfo de lo inerte.

La conciencia de ser un sujeto libre y pensante, ¿no es una ilusión?

Dos ejemplos, sólo indicados, que tomamos del horizonte del pensamiento contemporáneo, bastarán para hacernos patente el problema.

La **psicología conductista** (Watson, Skinner) se ha preocupado por demostrar, en estrecho contacto con la neurofisiología, que la conducta humana puede explicarse en forma totalmente sa-

tisfactoria reduciéndola a un conjunto de respuestas preestablecidas (reflejos simples o condicionados) frente a estímulos específicos. No es espontánea sino, como la de una máquina, activada desde fuera. En consecuencia el hombre, en su conducta, es una realidad inerte que puede ser controlada desde el exterior mediante la aplicación de los estímulos adecuados.

Del mismo modo que podemos comprender la conducta desde el modelo de un circuito mecánico, la producción de "inteligencia artificial" nos orienta hacia la evidencia de que no soy yo quien piensa, como creía Descartes, sino que el pensamiento se produce en mí cuando una cuestión, conforme a un programa, genera un **output**. No sólo el cuerpo sino también el alma del hombre es una máquina.

En el nacimiento del pensamiento moderno se vio el mundo de lo inerte como materia a disposición de un sujeto libre, el hombre. Pero si el hombre es incluido en lo inerte, toda esta maquinaria ¿al servicio de quién se encuentra? ¿Quién la maneja? ¿El "Sistema"? ¿La "Estructura"? ¿El "Gran Hermano"? ¿Hay alguien? No. Nadie.

5. Ciencia y poesía

El pensamiento de Occidente ha generado dos grandes visiones de lo real.

Según la primera, el mundo en su totalidad, vive. A su modo, todo siente y desea. Todas las cosas son, en última instancia, alguien. Puedo dialogar con los hombres, con las flores o el mar.

Viviente y, por lo tanto, respetable, venerable, este mundo perdura como patrimonio de místicos y poetas.

Según la otra visión, el mundo es una máquina inerte, cuyos componentes y leyes de funcionamiento, al desarmarla, se pueden conocer y como consecuencia también controlar sus movimientos. Nada vive. Nada siente. Nada es sagrado ni digno de respeto o veneración. No hay nadie.

De esta decisión fundamental nació la ciencia moderna.

.....
Mientras serrucho las patas de mi mesa de trabajo miro, indeciso, a mi perro que pasa...